

VITA MÉTRICA DE SAN CUTHBERT, OBISPO DE LINDISFARNE.

PRÓLOGO AL PRESBITERO JUAN.

Al señor en el Señor de los señores, amadísimo Juan presbítero, Beda, siervo de Cristo, salud.

No se puede expresar, amadísimo en Cristo señor, cuánto me afecta tu caridad, y cuánto me deleitaría siempre tu presencia (si fuera posible), y cuánto me conmueve el recuerdo perenne de tu santa dulzura, incluso en medio de las angustias del largo viaje que deseas emprender. Por eso, para que recuerdes mi devoción o para aliviar tu peregrinación, te ofrezco los hechos del bienaventurado obispo Cuthbert, que recientemente he compuesto en versos. Sin ninguna duda confío en que la compañía de un hombre tan grande confiere mucha felicidad. Pues su dulzura afable consuela al afligido, su ferviente compunción del corazón despierta al perezoso, y su firme intercesión defiende al que está en peligro. Debes saber, sin embargo, que no pude exponer todos sus hechos; pues diariamente se realizan nuevos milagros a través de sus reliquias, y los antiguos son revelados nuevamente por aquellos que los conocían. Uno de estos es el que experimenté en mí mismo, como ya te dije, a través de la curación de mi lengua mientras cantaba sus milagros. Si la vida me acompaña y la voluntad divina favorece mis planes, espero en otra obra devolver a la memoria algunos de los hechos que omití. Te ruego que, cuando llegues a los umbrales de los bienaventurados apóstoles, con la protección de Dios, recuerdes interceder por mí.

CAPÍTULO PRIMERO. Preámbulo.

El Señor ha concedido a sus siglos muchas luces para que brillen, para que la llama divina desde la cima del cielo ilumine las sombrías sombras de la noche humana. Y aunque Cristo, nacido de la luz de Dios, es la luz suprema, también ha permitido que los santos brillen como lámparas en la Iglesia, a quienes el amor, como maestro, inflama los sentidos, y el ardor en las palabras, ha esparcido diversas lámparas por el mundo, para que la nueva luz de la fe, difundida bajo el eje, llenara todos los campos con virtudes celestiales. Roma, maravillada por el doble resplandor de Pedro y Pablo, se regocija, siempre destinada a vivir con los trofeos apostólicos. Pero Juan siembra la luz de Asia con palabras de su boca, que había bebido del pecho del Señor y proclama los misterios. Bartolomé vuela triunfante por los reinos del Este, y con su lengua ilustre somete a los indios indomables por las armas. Tú también, Marcos, apaciguando las furias del Nilo, sacias los campos secos con las nubes evangélicas. África resplandece con las palabras y méritos de Cipriano, quien, derramando su sangre, persuadió a despreciar las delicias. Poitiers, iluminada por el gran maestro Hilario, disipa las tinieblas de los años con la verdadera luz. Constantinopla es iluminada por Juan Crisóstomo con el resplandor dorado de su elocuencia. Y ya no contenta con el seno del mundo, la lámpara se esparce resplandeciente más allá de los mares, y en nuestros tiempos, Britania, consorte de este, ha engendrado un rayo venerable, donde Cuthbert, viviendo una vida dorada entre las estrellas, enseñó a los ingleses a ascender a las alturas con sus pasos. Este honor de virtud ya acompaña desde el umbral de su vida, y el decoro celestial se manifiesta con signos evidentes. Aunque no puedo relatar todos sus hechos, prefiero tocar en verso las últimas huellas de sus obras, para que se revelen los fundamentos internos de su mente sagrada. Te ruego, oh supremo, ayuda, autor del Espíritu de los dones: pues sin ti, tu gracia no sabe hablar dignamente. Tú, que das nuevas llamas a las lenguas ardientes, concede los dones de la lengua, los dones de tu palabra cantada.

CAPÍTULO II. Cómo el niño de Dios Cuthbert fue advertido del episcopado por un infante.

La vida celestial del amado de Dios brilla desde el primer tiempo, a quien Cristo, portador del don supremo, llama a las verdaderas alegrías con un don especial, y enseña a despreciar las pompas doradas del mundo feroz, y a establecer el corazón en el cielo, a quien finalmente dirige con dulce enseñanza a través de los primeros tiempos de la vida, para que, una vez avanzado, lo lleve a las sublimes estrellas. Mientras la edad grácil jugaba en la hierba errante, participaba en los vacíos juegos de la infancia, y bajo el leve combate de la edad, obtenía palmas. Pero el Señor corrigió los sentidos infantiles con un digno maestro; pues un pequeño infante del tierno rebaño le advirtió con fuerzas inciertas que no confiara, y que no consumiera apresuradamente el tiempo en el lujo: sino que fortaleciera la mente con el amor del Señor. Pero el niño, no queriendo, se rió de las palabras sagradas del infante, despreciando al maestro de tres años siendo él de ocho. Quien lo engendró, cubrió su rostro con amargo llanto. Se disuelve en lágrimas el lamento, y todos a su vez se esfuerzan por secar las lágrimas de uno solo: pero no pudieron renovar el consuelo arrebatado. Cuthbert, piadoso, lo abraza con besos, rogándole que seque sus mejillas, que deposite su lamento. Recoge también las justas quejas de su corazón triste: ¿Por qué te sometes, querido, a un juego vano, a quien Dios ha consagrado con honor celestial, prefiriéndote a los pueblos, para que les abras las puertas del cielo? ¿Será lícito que un noble compita en el estadio con los siervos, o que un obispo imite los actos del vulgo? Deja, pues, las frívolas cosas disonantes a tus hechos, y devoto a Dios, une tu corazón sagrado. Así habló, y el Espíritu, compañero amable, instituyó en el pecho del niño un sentido maduro para toda la vida. No es de extrañar que los infantes revelen los misterios de Cristo, y que el sagrado aliento llene las entrañas de los lactantes, quien hace que las humanas asnas hablen.

CAPÍTULO III. Cómo, sufriendo de una rodilla dolorida, quedó cojo y fue curado por un ángel.

Mientras tanto, el pequeño es afligido por la repentina enfermedad, y dirige sus pasos lánguidos con un bastón. Y un día, mientras descansaba solo bajo el cielo, el niño amable, he aquí que de repente vino un jinete venerable con vestidura blanca, y también la gracia del corcel era similar, y saluda al que descansa, pidiéndole que le preste servicio. A lo que él responde: Estaría dispuesto a asistir a tus servicios ahora, si no estuviera oprimido por el grillete del paso. Pues mira, la rodilla está hinchada, que ningún cuidado de los médicos ha podido aliviar con ungüentos durante mucho tiempo. El huésped desciende del caballo, palpa con esmero la rodilla enferma, diciendo que una harina brillante con leche cocida en una olla caliente sanará este tumor al ungirlo. Recordando esto, monta el caballo por el camino que vino, regresando a casa. Siguió el consejo de la medicina, y el santo reconoció que el médico había venido del trono supremo del juez celestial, quien con su don restauró la vista cerrada con la hiel del pez de Tobías.

CAPÍTULO IV. Cómo, al cambiar los vientos con oración, hizo que las barcas que habían caído en el océano regresaran a la orilla.

De aquí, fortalecido con un corazón más firme, aprendió a golpear con oraciones el trono del Altísimo. Hay un lugar notable sobre las bocas del río Tyne, ya entonces floreciente con un excelente número de monjes: mientras llevaban madera por las espaldas del río, de repente fueron golpeados por el ímpetu del río y del viento. Había cinco barcas, que todas, arrastradas por la rápida corriente, caen en el hueco del océano. Y ya alejadas de la vista, como un alado que nada en las olas, la nave parece flotar por el azul. Sale la comunidad fraterna, y con la rodilla doblada, elevan sus plegarias al cielo, pidiendo vida y paz. Pero esta victoria se reserva al niño elegido, quien entonces estaba de pie en la otra orilla, y una multitud innumerable y una gran multitud de burladores, pues las desgracias de los justos son alegrías

para los impíos. Hermanos, dijo, dejemos las alegrías nocivas, condolámonos con aquellos a quienes fatigan los golpes tristes; o más bien, oremos al Señor, quien creó los vientos y las olas, para que se digne conceder un camino de salvación. Pero la multitud rústica disiente de las justas persuasiones; él, con la rodilla doblada, presionó la tierra con su rostro: los vientos cambian, y las barcas, arrojadas a la orilla, el pueblo se sonrojó al ver el poder divino, y glorificaron a Dios, quien fortalece los votos de los suyos.

CAPÍTULO V. Cómo, estando con los pastores, vio el alma del santo obispo Aidan ser llevada al cielo por los ángeles.

Mientras tanto, mientras pastoreaba los tiernos corderos en las colinas alegres, he aquí que en los himnos nocturnos ve, vigilante, los campamentos de fuego resplandecer con estrellas, y por las alegrías de la pompa resplandeciente llevar el alma santa al cielo, y dice a los compañeros que el sueño había oprimido: ¡Ay! ¡Miserables, que somos oprimidos por el sueño lento, y no merecemos ver las obras celestiales de los vigilantes! En poco tiempo he visto las maravillas de Dios, las puertas dobles del cielo se abren, y el espíritu feliz, acompañado por los ángeles, es llevado a la sala celestial, quien, pasando por las estrellas con llamas, se regocija ahora de ver al Rey en el trono alto. Creo que fue un obispo, o de la plebe sagrada, el sumo que brilla en la cima, a quien el éter resplandeciente recibe con tan grandes coros de compañeros, y lo lleva a las luces de la luz. Aprendan, pastores, a vigilar con cuidado los rebaños, a evitar las insidias de la noche y los leones oscuros, para que se les abran los sagrados cánticos de alabanza angélica, y vean al Dios poderoso en la cima de Belén. Al recordar esto, enciende las alabanzas en el pecho temeroso del compañero, y la fe de las cosas maravillosas. Aidan murió en el tiempo del Señor, orando alegre hacia la sala celestial.

CAPÍTULO VI. Cómo Aidan, prediciendo una tormenta a los marineros, les dio aceite para calmarla.

Los hechos venerables de este sacerdote brillan por el mundo, y su doctrina es digna de ser narrada con memoria. Pero basta tocar brevemente un ejemplo. Un presbítero, ordenado a cruzar las aguas azules del mar sonoro, se acerca suplicante a los oráculos del profeta, rogando con oraciones que proteja a él y a los suyos. A lo que el alto obispo le dice: Te diriges al mar alto, el viento del norte se levantará en tu contra, pero recuerda calmar el rugido del viento y las tormentas sonoras con el crisma que te he dado. Tomando entonces el aceite de la aceituna, los marineros suben a las aguas, y con las velas desplegadas, la nave segura surca el profundo. De repente, se levanta una tormenta violenta, el mar ruge por todas partes, retrasando el camino emprendido por la nave arrastrada. Finalmente, al verter una gota del ungüento, la ola, calmando los feroces tumultos, abre un camino alegre. Así, una virtud brilla con doble rayo; quien antes había aterrorizado con palabras tristes, ahora alivia a los afligidos con consuelo rápido: quien con mente profética predice el futuro, él mismo refrena los elementos turbulentos con sus órdenes.

CAPÍTULO VII. Cómo Cuthbert, viajando, encontró alimento gracias a un caballo que lo indicó.

De nuevo, Cuthbert, lleno de un corazón casto para Dios, emprendiendo un viaje, es atrapado por el viento lluvioso del este, el frío vuela por todas partes, y se refugia bajo el techo de una vieja taberna, donde solo un pastor de ovejas había habitado por los caminos solitarios, y ata al caballo con el que había llegado a la pared. Y esperando que el Señor calme los húmedos vientos, mientras consagra la hora con alabanzas divinas, ve de repente a su caballo arrancar

con un mordisco el techo de la casa, y del heno caído fluye una mezcla de festín para el piadoso joven: como el pasto seco que mereciste una vez, oh profeta ardiente que asciendes a las auras celestiales. Así, alimentado con el pan caliente y la carne de la dote celestial, da gracias, y con las tormentas calmadas, emprende el camino alegre con Cristo acompañándolo.

CAPÍTULO VIII. Cómo, recibiendo a un ángel en su hospitalidad, mientras buscaba ofrecerle pan terrenal, mereció ser recompensado con pan celestial.

De aquí, buscando cosas mayores, el piadoso se une a los monjes de Ripon, en cuerpo, mente, hábito y hechos; y pronto se le asigna como siervo a los huéspedes, y alegremente, sometido a la justa obediencia, merece ver y alimentar al ciudadano de la alta sala. Aquí, en medio del invierno, llega un huésped con aspecto de profeta, y recibido humildemente según la costumbre, se lava los pies sagrados, y, inclinado, acaricia los pies fríos con el cálido roce de las palmas; y rogando, le pide que se quede, para que sus miembros, cansados, se renueven con alegres festines, no sea que el frío, el hambre y los vientos nevados de diciembre aumenten en el largo camino del viajero, quien había llegado frío con las brisas matutinas. Y, aunque reacio, lo detiene y repele el hambre, deseando llevarle pan caliente, los fragmentos que quedaban de la cena de la noche anterior. Al regresar, busca al viajero, pero no ve señales de sus pasos en el campo nevado. Al entrar, encuentra el interior lleno de un aroma rosado, y ve, ¡maravilla de contar!, tres panes brillando en el polvo resplandeciente. Mientras Cuthbert, con el corazón temeroso, dice: Veo que, en verdad, el huésped había descendido del cielo, y se ha devuelto ligero a las estrellas afines, viniendo a alimentar, no a ser alimentado, y trayendo manjares, como los que no surgen de la cosecha de nuestro grano. Ni el lirio brilla así, ni la rosa resplandece con tal fragancia, y nuestras mieles son despreciadas por el sabor maná. No, mi horno no ha producido estos dones sagrados, sino que, paraíso, tuyo es el fruto sagrado. No es de extrañar que el rico haya rechazado nuestras comidas, quien disfruta del pan perpetuo de la vida por la eternidad. Pues el hombre, devoto de Dios en mente y alegre de palabra, solía recordar los actos sagrados de los Padres del Señor bajo alabanzas, y también a menudo introduce sus propios triunfos, que ha logrado con testimonio celestial.

CAPÍTULO IX. Cómo los animales del mar, en el que había orado toda la noche, le prestaron servicio al regresar, y el hermano que vio esto, debilitado por el miedo, fue restaurado por su oración.

Mientras tanto, el joven, nocturno, se dirige a los himnos acostumbrados, seguido por un compañero que, en un camino lento, deseaba conocer sus pasos inciertos. Llegan al mar: Cuthbert, sumergido hasta el cuello en las olas de mármol, pasa la noche bajo el canto, sale del mar, y con las rodillas fijas en la orilla, extiende las manos suplicantes hacia las estrellas. Entonces, he aquí que dos animales vienen del fondo del mar, y se postran ante los pies del profeta en la arena dorada: aquí, con su aliento, calientan las plantas frías, secan el frío marino del santo cuerpo: luego, con un gesto suplicante, piden ser bendecidos. Él, obedeciendo a sus votos, con palabra y mano, les otorga gracias, y los devuelve a las aguas de su patria, y al amanecer regresa a las casas. Al ver esto, el compañero, golpeado por el miedo en su corazón, semimuerto, se oculta en una cueva curva. Pero cuando el día, al volver, ahuyentó las sombras de la noche, el enfermo se presenta al profeta suplicante, y, arrodillado, pide ser encomendado al Señor con oración profusa, pues había caído en una noche triste por el peso repentino. ¿Acaso, dijo, observabas mis pasos desde las sombras, intentando secretamente? Pero ahora se te concederá el error, si guardas silencio sobre lo visto hasta que deje el mundo. Y sigue el ejemplo del sumo maestro, quien, al devolver la vista al ciego, le ordena ocultar al autor de la salud restaurada. Luego, con oración, expulsa la enfermedad y perdona la culpa. Y día a día, la gracia del Altísimo, testigo de sus méritos crecientes, está

presente: los milagros revelan la mente; y ya la virtud profética, desde la cima estrellada, irradia con el resplandor brillante del espíritu.

CAPÍTULO X. Cómo, prediciendo a los marineros atrapados por la tormenta un mar sereno para un día determinado, y orando, obtuvo alimentos.

Mientras tanto, es llevado en barco a las costas de los pictos, pero el regreso es retrasado por los mares cerrados del rígido diciembre. Y mientras el hambre, el frío y los peligros del mar furioso, las nubes con truenos, el granizo y los relámpagos del cielo golpeaban a los marineros temerosos en la costa extranjera, había llegado el día sagrado, en el que Cristo, nacido en el cuerpo, brilló con signos, la gloria de los cielos en la tierra. Él, como era apacible, así habla con corazón amable: ¿Qué, pregunto, mantiene nuestras mentes en tal pereza, que no rompemos las cadenas con ningún esfuerzo? Ven que la tierra se vuelve blanca con el oleaje del mar, el aire mana aguas, el hielo cubre el mar, la noche cubre el cielo; los corazones se consumen de hambre, y faltan las ayudas humanas. Por tanto, queda golpear con oraciones al Señor, quien una vez abrió las puertas del mar rojo, da pan con la nube, bebida con la roca, y disipa las sombras horribles de la noche con la llama como guía. El día presente, por cuyo don los magos merecieron, llevando tesoros cuádruples, ver y orar al mortal, al Rey y a Dios; por el cual el Señor lava el mundo con su bautismo, abriendo el cielo cerrado durante mucho tiempo a los siglos creyentes; por el cual las fuentes dulces arden con vino del manantial, y las aguas ruborizan con el don del Señor a través de las copas: así también, creo, nuestras cosas prosperan con Dios como guía, si la confianza fortalece el corazón al rogarle. Dicho esto, colocando a los compañeros en la costa, donde ya había llevado noches vigilantes en oración, ve tres trozos de pescado cortados, y, arrodillado, adora al Señor, acumulando alabanzas por el venerable don de la fe. Superan, dice el profeta, los festines de tantos días, el Creador los ha igualado; y, habiendo hecho esto, calmando los mares, nos llevará de regreso al campo patrio por el camino del navegante. Luego, asando las viandas en el hogar, dando gracias, con el alimento celestial ofrecido durante tres días, restauran sus cuerpos, que atestiguan los nuevos dones con sabor a miel. Y ya en el cuarto día, con los vientos del sur cesando, toman el puerto salvador a través de los mares amables.

CAPÍTULO XI. Cómo, viajando, predijo y recibió el sustento que una águila ministra le proporcionaría.

De allí, habiendo obtenido el mérito y el grado de sacerdote, se dirigía a los pueblos para renovar con la vida fluente. Por casualidad, a su compañero de viaje, pero él mismo presciente del futuro, le dice: Amigo, ¿dónde está la mente para tomar alimentos? Esto también, dijo, lo tengo en mi corazón dudoso; no llevamos almuerzos en vasijas, no hay casa hospitalaria, no podemos completar el viaje en ayuno y cansancio. El anciano respondió: Si aprendes a confiar en el Señor, él provee alimentos, quien ordenó a los cuervos alimentar al profeta. ¿Ves ya el águila cortando los vientos errantes? El Omnipotente puede también saciarnos con esta ministra. Y mientras continúan el camino emprendido, llegan bajo un río, y ven al ave que había volado bajo el cielo rojo sentada en la orilla de mármol. Pero el alto profeta dice: ¿Ves, nuestra sierva sobre las aguas? Corre, te ruego, y trae los dones que el Señor ha enviado. Trajo un pez; lo corta por la mitad, y con una parte sacia el hambre de la ministra, y con la otra fortalecen sus corazones. Y al superar el camino, con las aguas de la salvación, abre el camino a los pueblos, llamados a través de los reinos del cielo.

CAPÍTULO XII. Cómo, predicando a los pueblos, previó y extinguió el fuego del diablo que vendría repentinamente.

En otro tiempo, revelando las cosas celestiales a la tierra, expuso bellamente las impías burlas de la serpiente. Pues de repente, entre las sagradas palabras, mezcla tales cosas: Cuando se os revelan los misterios del reino, conviene tener el corazón atento y los sentidos benignos, no sea que el aire vago del dragón venenoso os hiera, quien, pervertido, intenta volcar los sagrados esfuerzos, se regocija en que los fieles sean turbados por una nube ligera, para que nos aleje del discurso del Rey y de la visión celestial, el engañoso enemigo vil como un siervo. Entre estas advertencias, un fuego devorador surge de un leño vacío, y sin fuerzas, arrebatada las casas vecinas; y donde vuelan las llamas, el viento ayuda, el estruendo llega a las estrellas. El pueblo, engañado por la ilusión, salta apresurado, llevando agua para socorrer las casas en llamas. Pero la falsedad, ignorante de ceder a las aguas vertidas, perece por su propia ligereza, y la pompa regresa a las sombras de su patria, y el vano engaño se oculta en las cuevas errantes. Confusos, regresan a casa; y, suplicando perdón, imploran al profeta, y los frágiles orgullosos se alegran de reconocer los engaños; y el espíritu extingue las flechas del tirano, que la virtud sagrada prevé.

CAPÍTULO XIII. Cómo extinguió con oración las llamas de una casa en llamas.

Además, los verdaderos fuegos crepitantes de las llamas, mientras una vez devoraban los techos secos de una casa, se inclinó en oración, y, desviando los vientos y las casas, con su voz ahuyenta los peligros, que la mano de los jóvenes no podía. No es de extrañar que el camino frágil cediera al profeta, quien había aprendido a rechazar las flechas torcidas de fuego de Satanás con el escudo celestial de Cristo.

CAPÍTULO XIV. Cómo expulsó un demonio de la esposa de un hombre antes de llegar.

Un hombre vino al noble, y con voces temblorosas suplicantes repite sus oraciones. Su querida esposa yace al borde de la muerte, ya sus miembros se endurecen al perder el sentido; la vida tiembla solo en su pecho con aliento ansioso. Envía, te ruego, a quien lleve los misterios de Cristo, para que el espíritu huya antes de que los miembros pálidos sean abandonados. Mientras preparaba ya el viaje del profeta que enviaría a esto (pues en ese tiempo era el prior de la celda de Lindisfarne), aprende por inspiración secreta que no es una enfermedad común de muerte, sino la crueldad del demonio negro que oprime con miserables penas. Se ofreció a sí mismo, emprenden el viaje, he aquí que de repente el guía se disuelve en lágrimas, y con el corazón triste, tembloroso, teme que, al ver al amado del profeta, oprimido por la furia insana, la sospecha de la vida pasada surja, y la nota infame de la antigua fama lo hiera. Pues solía asistir diligente a los ministerios del profeta, y prestar oídos atentos al maestro. Él, piadoso, alivia las amargas preocupaciones con consuelo. ¿Por qué gimes, y disuelto por el fuego del horno oculto, lavas ya con la señal del pecho triste? ¿Acaso piensas que, al llegar a la casa de la querida compañera, ella pueda ser capturada por el lazo del dragón furioso? Quien solía ser vencido en frecuentes combates, y ahora será superado por la espada de la fe victoriosa. Más bien, la mujer, al encontrarnos, recibirá estas riendas de mente sana. Las palabras se cumplen: llegan a la casa, el feroz dragón huye, la mujer sale sana, y, tomando las riendas con la mano derecha, ruega al profeta que descienda y se digne entrar en la casa de la sierva, revelando los nuevos dones de la salud, pues al llegar él, el dragón huyó.

CAPÍTULO XV. Cómo, meditando el anacoretismo, vivió entre los monjes de Lindisfarne.

Para que no fuera privado de la frágil alabanza de los admiradores y de la fama celestial, prefiere explorar los secretos ocultos a Dios, con quien puede ser fortalecido, libre de la brisa de la alabanza humana, y con sus primeros actos, por orden del obispo, mostrar a los

hermanos el camino de la virtud con su ejemplo. Se convierte en compañero de los monjes, a quienes la isla de Lindisfarne, clara en el mar azul, rodea con sus aguas refluyentes, y en poco tiempo, resplandeciente por muchos signos, levanta innumerables enfermos, curando sus enfermedades, y con el resplandor de la cruz ahuyenta las armas del enemigo oscuro. Aunque ausente en apariencia, presente en el corazón, destruye y limpia la casa de Cristo del huésped inmundo. ¿Por qué intentar describir la vida interna? ¡Cuán dulce en el discurso, cuán grave en los actos, y cuán encendida con lágrimas afiló su mente hacia el cielo, cuando el decoro externo es el índice del corazón puro!

CAPÍTULO XVI. Cómo hizo su morada en la isla de Farne después de expulsar a los demonios.

Finalmente, el anciano se dirigió a Farne, y al obtener la morada deseada, expulsó a los oscuros habitantes nativos de la patria. Pues antes, esa isla, horrorizada por los vientos espectrales, alejaba a los humanos con amenazas invisibles. Pero pronto el siervo del Señor llegó; y el feroz torbellino, aterrorizado por la cruz, huyó por el vacío como una porción de humo. Aquella, manteniendo reinos serenos con la tiranía desaparecida, el sagrado construyó una ciudad celestial en la tierra, y estableció humildes casas bajo altas murallas. Desde las cuales podía contemplar la cumbre estrellada y, apartado, observar al Rey excelso. Esto, y para que en todo se manifestara la divina virtud del alma, fortificó las murallas con piedras lanzadas, que apenas seis hombres fuertes podrían levantar con el cuello, pero él solo, llevándolas, era suficiente para colocarlas en los muros, con la mano del Altísimo acompañándolo.

CAPÍTULO XVII. Cómo, con sus oraciones, hizo brotar agua de la tierra seca, él que también convirtió el agua en vino al beber.

Este lugar carecía de fuente, pero el santo, con una dulzura inusual, hizo brotar agua agradable con sus oraciones. Esta, nacida en medio del aula sagrada de Cuthbert, aún ofrece a todos un dulce sorbo al beber. No es de extrañar que el siervo del Señor pudiera merecer esto, quien una vez, al calmar su sed con agua que brotaba, pudo convertir el líquido en néctar puro.

CAPÍTULO XVIII. Cómo ahuyentó a las aves de la cosecha que había segado con su propia mano.

Y deseando obtener sustento con sus propias manos, intentó arar la tierra inculta con hierro, y como sembrador, confiar la esperanza del año a los surcos domados. Y mientras la cosecha crecía amplia de una pequeña semilla, llegó el tiempo de la siega, pero las aves rápidas intentaron apoderarse de las espigas doradas del anciano. A lo que él, tranquilo, se dirigió a los feroces ladrones: "¿Por qué, os pregunto, tocáis la cosecha con audacia ilícita, que no fue sembrada con vuestro trabajo en los surcos? ¿Acaso vuestra pobreza supera la mía, para que con razón lancéis la hoz curvada en este campo? Pero si acaso Dios ordena que os dediquéis a estos robos, no lo prohíbo; si no, retiraos a vuestros propios dominios". Dijo, y la multitud emplumada se retiró de inmediato, y ya no se atrevía a violar las leyes del Señor, a quien más bien amaban como un amigo unánime de su especie, como si estuvieran unidos por el dulce vínculo de la paz. Pues él mismo las cuidaba como un pastor a sus ovejas.

CAPÍTULO XIX. Cómo los cuervos expiaron con oraciones y ofrendas el daño que habían causado al hombre de Dios.

Los cuervos, bajo el crimen negro, rompen el pacto, y rompen la casa, y del techo roto se llevan las pajas a sus propios nidos. El profeta les advierte que cesen; y despreciando sus consejos, dice: "¿Por qué laceráis la morada de los hermanos? Idos, y soportad ser desterrados de esta patria para siempre". Dijo, y se fueron tristes, y al cabo de tres días, uno de ellos se presenta al profeta, y revolcándose con pies y alas extendidas, pide perdón y regreso con lamento. Habiendo hecho la paz, regresa y visita a su compañero. Finalmente, ambos vienen alegres, y traen consigo grasa de cerdo como ofrenda digna de su voto, con cuyo unguento el piadoso podía suavizar sus calzados, y luego establecen su morada allí con preparación inocente. ¿Por qué ardes con feroz orgullo de cuello altivo? Observa el camino del cuervo, y depón la ciega furia, que expía el daño con oraciones, llanto y ofrenda. No te avergüences de tomar ejemplo de vida del corazón de las aves, cuando la Sabiduría aconseja: Observa los caminos que recorre la hormiga, y aprende su sagaz sentido.

CAPÍTULO XX. Cómo el mar también sirvió a sus necesidades.

¿Qué puedo decir de las olas del mar sirviendo al justo, y de los elementos prestando obediencia a aquellos que se someten con mente devota a los mandatos supremos? Pues al construir una cabaña adecuada para sus necesidades, que las bases sostendrían desde el lado del mar, pedía a los hermanos que trajeran madera adecuada para la obra. Pero ellos, olvidados, regresaron, pero la marea cercana del mar la trajo; y, ¡maravilla de decir!, ya en el mismo umbral donde había sido en su corazón, depositó los cimientos del techo, y el mar reprochó el olvido de los hombres, y su ola sacudió a los marineros con vergüenza.

CAPÍTULO XXI. Cómo, dando consejos de salvación a muchos que venían a él, expuso las frágiles trampas del antiguo enemigo.

La fama llama a muchos a buscar las piadosas palabras del profeta, y a prestar oídos ávidos a los sonidos celestiales, que aliviarían a los cansados de las diversas calamidades del corazón. Pero él, renovando a los tristes con consuelo sagrado, recuerda a todos las alegrías supremas del cielo y los lujos efímeros del mundo caduco, y cómo el maligno tiende diversas trampas para que, desnudo de amor por el Señor, el sentido caiga miserablemente; pero las armas de la fe rompen las vacías trampas sin distinción. "¡Cuántas veces", dice, "me lanzan desde la alta roca del impío! ¡Cuántas veces ruedan piedras hacia mi pecho! No sufro daño alguno del golpe del enemigo, creedme, ni la ofensa ha herido mis plantas, ni siquiera un pequeño temor ha tocado mi corazón. No os asombréis de las cumbres de mi vida, porque yo, pisoteando las engañosas lisonjas del lujo, deseo estar en secreto con el Señor. La vida del monje es más estrecha, siempre sometida a las órdenes, sirve devotamente bajo el imperio de la obediencia, y se alegra de frenar las vigilias, el hambre, las oraciones y el trabajo de las manos, al deseo del gobernante. Conozco a muchos que, a través de las cumbres de la vida, y por los rayos de la sabiduría profética, han avanzado, entre los cuales está Boisil, gloria de la comunidad de Melrose, quien recuerdo que una vez me reveló toda mi vida, lo que me quedaba en el orden del siglo venidero, y solo una sentencia de su palabra supera, la cual desearía nunca, que Dios, árbitro del mundo, lo haga". Así hablaba el sagrado anciano, porque el presciente había predicho que él mismo sería obispo con voz elocuente.

CAPÍTULO XXII. Profecía sobre la vida del rey Ecgfrido y su propio episcopado.

Y mientras todos se alegraban de ver al piadoso profeta, y de calmar las olas del corazón con su oración; he aquí que entre otros, una virgen de la realeza, que era la esposa eterna del rey, viene con actos sublimes, generando coros virginales, madre casta, bajo las alegrías de tu reino, paraíso, y ruega al profeta que se digne fortalecerla con consejos divinos. Él accede, y,

superado el abismo del mar, avanza en la nave, y mientras la habla con palabras amistosas, ella, ansiosa por sus preocupaciones, le pregunta de repente. "Ya brilla el resplandor de tu mérito, que puedes dirigir tus ojos prescientes hacia los siglos venideros. Dime, pues, te lo ruego por los reinos del Altísimo, ¿cuánto tiempo gobernará Ecgfrido el imperio?" A lo que el profeta revela la verdad con palabras indudables. "Llamas a los reinos longevos del hombre, que aunque extendidos por cien años, se cerrarán en una breve hora, y el lujo de un solo año se considerará nada, cuando la muerte negra se extienda por los miembros languidecientes". Ella gime, y llorando las tristes profecías, pregunta: "¿A quién, te ruego, dejará, que gobierne el cetro del reino, cuando carezca de hermano e hijo?" A lo que el profeta responde: "¿Ves cómo este mar extiende sus vastos dominios? Quizás entre estos, el Señor se reserva a alguien, y de este imperio elegido, un moderador de las riendas, para que Ecgfrido se una a ti con el amor de un hermano". La virgen aún se atreve a suplicar al profeta: "¡Oh, los corazones de los hombres se dividen con diversas preocupaciones! Algunos se alegran al alcanzar la cima de la pompa mortal. Otros, deseando riquezas fugaces con lujo devorador, no abandonan la pobreza eterna. Aunque desprecias el honor ofrecido del mundo, y prefieres ser oculto en humildes cuevas. Aunque debes obtener el honor del sumo pontífice, que nada más sagrado lleva nuestra era con mérito". "No soy digno", responde, "de asumir tan altas cumbres, ya lo confieso, pero la mano del Señor no se evade en ningún escondite del cielo, la tierra o el mar. Si Él ordena que lleve tan grandes cargas, creo que pronto me liberará, y quizás, después de dos años, seré absuelto, y volveré gozoso a los secretos reunidos. Pero tú también, Aelfleda, recuerda no guardar silencio sobre nuestra conversación, hasta que sea liberado de las ataduras y la cárcel de la carne". Sin demora, las palabras del veraz se cumplen en orden. Obligado por las órdenes, oraciones y lágrimas de la Iglesia, y él mismo con las mejillas bañadas en amargo llanto, es sacado de sus dulces retiros, y puesto al frente de los pueblos para gobernar, para que la lámpara no quede oculta bajo el celemín, sino que difunda su resplandor en la casa del Señor; el obispo que gobernó la Iglesia durante dos años, y se apresuró gozoso a regresar a los antiguos retiros. Y para que se cumpliera suficientemente lo dicho por el profeta en cada detalle, el sol completó su gran año en los meses habituales, cuando Ecgfrido cayó bajo la espada hostil de los pictos, y su hermano ilegítimo sucedió al honor del reino, quien, habiendo vivido entre los escoceses como un habitante, respiraba en su corazón una sabiduría celestial tan grande. Pues había dejado los confines de su patria y los dulces campos, diligente para aprender los misterios del Señor como exiliado. Ahora, el venerable testimonio de este, en púrpura tiria, maneja las riendas del cetro otorgadas por derecho patrio. Y como un nuevo Josías, más maduro en fe y ánimo que en años, gobierna nuestro ilustre mundo.

CAPÍTULO XXIII. Cómo en el episcopado no abandonó la vida monástica.

Por lo tanto, habiendo alcanzado las alturas del sumo sacerdote, Cuthbert brilla en mente, mano y palabra, y protege a los rebaños encomendados con oraciones y consejos. Rico para los pobres, pobre para sí mismo, amable con los amargos, monje entre las multitudes; pues no se preocupa por cambiar sus vestiduras habituales, ni los secos manjares del desierto. Aumenta los milagros de la mente con los títulos de las virtudes, que se pueden tocar brevemente con la lira lírica, para que el verso no genere fastidio a los cansados.

CAPÍTULO XXIV. Cómo sanó a la esposa del conde con agua bendita a través de su presbítero.

El piadoso doctor, ministrando dones celestiales en todas partes, pasó por las tierras del conde, cuya esposa, enferma, sufría una dolencia y estaba cercana a la muerte. A ella, a través

del presbítero que le servía, le dio los dones del agua salvadora del profeta, y removió la enfermedad: y pronto la mujer, sana, le prestó servicio.

CAPÍTULO XXV. Cómo curó a una joven ungida con crisma del dolor de cabeza y costado.

En otro momento, una virgen, afectada por un dolor en el costado y cansada por la pesadez de la cabeza, gemía enferma durante mucho tiempo: a ella, ungida con el sagrado crisma, el obispo la renueva con los dones de la salvación.

CAPÍTULO XXVI. Un enfermo es sanado con pan bendecido por el hombre de Dios.

El padre de la casa, abatido por una grave enfermedad, convoca a sus amigos para enfrentar el destino final. Muchos se reúnen: uno de ellos, por casualidad, saca un pan que una vez el doctor piadoso le había consagrado y dado como un regalo sagrado. Lo mojan en agua para beber, el enfermo lo toma, y pronto la enfermedad cede bajo el sorbo curativo, y la salud renovada entra en los miembros debilitados.

CAPÍTULO XXVII. En el camino, revivió a un joven que iba a morir con una oración.

Pues mientras el pastor vigilante recorre los rediles encomendados, he aquí que en medio del camino llevan a un joven en una camilla, con miembros entumecidos, apenas arrastrando suspiros severos, y preguntan cómo ayudar al miserable. Él, de inmediato, expulsa a todos, y con oraciones levanta los miembros languidecientes, y lo añade como compañero a los asombrados compañeros.

CAPÍTULO XXVIII. En tiempo de mortalidad, devolvió sano a un niño moribundo a su madre.

En el tiempo en que la terrible peste devastaba a los británicos, el sagrado esparce por todas partes los dones celestiales de la salvación. Ve a una madre afligida llevando a su hijo moribundo: compadecido de los funerales del moribundo, besa al niño y habla a la madre amarga: "Deja el miedo y las lágrimas, este niño sanará, y toda tu casa estará libre de esta suerte de muerte". La salvación siguió a sus palabras para el niño y la casa.

CAPÍTULO XXIX. Que no se pueden enumerar todos sus hechos.

¿Qué intento decir que no puedo expresar con ningún verso? ¿Cuántas veces ha levantado con poder los miembros inválidos de los consumidos por la enfermedad, y cuántas veces ha reprimido los fuegos de la fiebre con agua sagrada, cómo ha hecho que las aguas de la fuente se conviertan en el alegre sabor del vino? ¿Cuántas veces ha huido el horror de los espíritus por los caminos desviados, confesando que, acostumbrado a las amenazas de Cuthbert, ha dejado los corazones, y ha sido obligado a las sombras ígneas del abismo, y aun ausente, ha sido castigado con penas oscuras? ¿Por qué intentar contar las virtudes del sagrado, a quien la gracia del honor profético ha iluminado, y que ya vuela con visión pura por el éter del cielo?

CAPÍTULO XXX. Ve en espíritu la muerte de Ecgfrido y de su soldado, que había predicho, estando ausente.

Mientras tanto, mientras Ecgfrido oprimía los reinos de los pictos con guerra, ya con furias atroces en un final miserable, lo previó claramente con mente vigilante; y, bañado en lágrimas, repite suspiros frecuentes, mirando ahora los campos, ahora el cielo. "Quizás", dice, "nuestro soldado, con la batalla terminada, obtiene el fin decretado por el juez Señor". Le

preguntan más claramente que diga el resultado de la batalla, y él, reconociendo los peligros dudosos, los oculta con voz así: "Veis, hijos míos, cómo un nuevo asombro turba el aire. Pues los secretos del Señor están ocultos, y nadie es suficiente para seguir las huellas del Rey Altísimo". No pasaron muchos días, cuando una terrible noticia cantó la nefanda muerte del pueblo y del noble, en la misma hora en que el profeta había dicho, viendo ausente lo que había crecido antes como futuro, cuando la virgen, rogando, había preguntado sobre la vida del gobernante.

CAPÍTULO XXXI. Cómo el hombre de Dios predijo a Hereberht, el anacoreta, su muerte, y obtuvo de Dios con oraciones su compañía.

Entonces vino Hereberht, quien estaba unido con amor especial al profeta, y, enseñado por sus consejos, vivía en secreto por los altos parajes; pero deseando ser fortalecido con las habituales palabras sagradas. Mientras regaban mutuamente sus corazones devotos con las dádivas celestiales de la palabra, Cuthbert añade tales palabras: "Ahora es conveniente pasar este día con festines de lengua y banquetes, amado hermano, porque el Padre de las cosas nos ha unido siempre en el corazón, y nos ha concedido vernos antes de ser disueltos por el derecho de la muerte. Por eso, ahora debe ser buscado con la boca el camino del cielo, y ahora debe ser golpeada con todo el alma la puerta de la vida, mientras es posible encender mutuamente los corazones con llamas celestiales. Pues el tiempo de mi muerte se apresura". Cuando percibió las palabras del venerable profeta, cayó, suplicó, se lamentó, lloró, y dijo: "Te ruego, no me dejes, y recuerda al querido compañero, no sea que, cuando penetres las doradas puertas del reino resplandeciente, yo quede solo encerrado en la cárcel de la carne: más dignamente entrarás al alto reino del cielo acompañado por el siervo; por eso, suplica al Señor, que, mientras estamos oprimidos por la sombra de la muerte en la tierra, migremos juntos a las costas de la luz eterna". El profeta se dedicó a las oraciones, y exhorta al compañero que gime a secar sus mejillas, a dejar de llorar, diciendo que ha obtenido el favor de la oración, con la misericordia del Señor. ¿Qué más? Ambos, bajo la balanza de un solo día, dejan el mundo, y son llevados a la corte del Señor. Pero Hereberht, después de un largo tormento, finalmente emitió su espíritu, purificado por el fuego, creo, para que, más puro por las llamas, igualara al compañero, subiendo juntos a las estrellas con paso unido, y disfrutando de la recompensa unida por la eternidad.

CAPÍTULO XXXII. Cómo vio el alma de uno que murió al caer de un árbol, llevada al cielo.

Estaba sentado a la mesa, pero alimentado con los banquetes del Olimpo, el profeta es separado de repente de los alimentos humanos, el miedo sacude sus huesos, y la mano temblorosa deja el cuchillo, y su corazón es sacudido por un asombro atónito. Aelfleda, que por casualidad estaba sentada junto a él, pregunta si acaso viene la causa de tan gran temblor. "Ha venido", responde, "un cortejo angélico del cielo, y con un soldado elegido de tus campamentos, regresaba a las estrellas doradas con triunfos melodiosos". Pregunta el nombre. "Mañana, cuando ofrezca en el altar sagrado, el nombre y la manera en que alcanzó las estrellas, se te revelará en orden". Con el mensajero enviado, se apresura a través de todos sus campamentos, y al final de la mañana, se entera, y al profeta, atento a los votos y oraciones sagradas, le narra en el altar, que un hombre, mientras subía a lo alto de un bosque frondoso, para cortar alimento para el ganado del cono arbóreo, al caer, dejó su alma con los miembros disueltos, y fue llevado de las cosas humanas en el momento en que el sagrado lo veía arrebatado a las auras celestiales.

CAPÍTULO XXXIII. Después de dos años de episcopado, regresa a la vida solitaria.

Después de haber gobernado diligentemente la Iglesia durante dos años bajo el derecho del obispo, y regar los prados vivos con la palabra fluida, persiste en dejar la carga de tan venerable honor, y prefería ser golpeado por las armas sombrías de Satanás en la arena del desierto, que captar los vacíos favores del pueblo ignorante. Pues la alabanza halagadora de los clientes genera pereza, y la lucha perpetua es bendecida con coronas perfectas, especialmente cuando el espíritu, advertido por la presciencia, se alegraba de que el tiempo de su muerte estaba cerca, y deseaba renovar su alma en secreto, antes de que, cansado por las preocupaciones fluctuantes del mundo, muriera.

CAPÍTULO XXXIV. Enfermo, ordena que su cuerpo sea colocado en la misma isla, y al mismo tiempo menciona su gloria póstuma.

La isla amada pronto lo devolvió a sus sagradas murallas, y sus piadosos miembros son tocados por un gran dolor: y mientras el ardor creciente aumentaba en sus huesos día a día, sale de sus dulces campamentos, y a la compañía que gozosa se alegraba de servir al padre cansado, se esfuerza por fortalecerla con suaves palabras persuasivas: "Aprended, hijos míos, a romper las ataduras del mundo frágil, y a establecer ya en el alma los tesoros eternos. El desprecio y el honor caduco penden en el hilo incierto, por el cual los corazones piadosos aprenden con méritos justos a no buscar la alabanza en el tiempo fugaz, donde nadie puede conocer los escondites del corazón cerrado, ni recompensar dignamente los hechos encontrados; pero prefieren establecer sus ojos en las vasijas de aceite, contemplando con visión pura la puerta del reino, lo que el ilustre Rey dará a los dignos de la corte celestial. Ya os habéis asombrado de que mi alma haya aspirado a las riquezas celestiales, pero las cerradas puertas del corazón solo se abren al Señor, y creo que comenzarán a abrirse con signos ciertos cuando el peso de la carne se rompa. Pero, os ruego, ya que la muerte golpea las puertas, que coloquéis estos miembros en este sepulcro dentro de estas murallas: aunque espero que, si soy consumido por los vientos o en las aguas frías, resucitaré al encuentro de Cristo en el momento de su venida".

CAPÍTULO XXXV. Dice que ha superado mayores pruebas en sus últimos momentos.

Mientras el anciano repetía tales cosas a los oídos de sus compañeros, ordena que regresen por un tiempo. Ellos, superando el mar en la nave, llevan consigo a las multitudes de hermanos. Después de haber tardado cinco días encerrados en las aguas hirvientes, finalmente regresan, y con súplicas llorosas obtienen que se les permita enterrar los miembros del querido padre con ellos. A lo que el profeta añade: "Quien desea ascender al reino del trono alto, evite ceder vergonzosamente en la batalla manchada, y no sea superado en la última prueba del combate, ya cerca de recibir las coronas, sea defraudado por el enemigo; quien, esforzándose por vaciar a los fieles con largo trabajo, golpea con mayor fuerza en los últimos tiempos. Pues desde mi juventud, el impío me ha acosado con insidias, y esta lucha de cinco días supera todas las trampas del tiempo pasado. Pero fácilmente he reprimido las armas del impío, con Cristo como guía, aunque no se me dieron pequeños alimentos de comida o bebida, aunque no moviera mis miembros en el lugar debilitado. También os ruego que guardéis las leyes celestiales perpetuas, que la regla de los Padres os ha establecido, o que yo mismo he sido capaz de expresar con breves palabras, mientras regaba lo que los príncipes supremos sembraron. Aunque se levante una tormenta con rápidos torbellinos, soportad todo con fe, pues el reino se busca con fuerza. Y fundados en la roca, no cedáis a las lluvias pesadas: despreciad las furias de los torrentes, los vientos del norte feroces, y que la última sentencia del Padre permanezca en el corazón. Es mejor dejar los confines de esta patria, que desviar la mente del límite sagrado que la escritura divina ha pintado en las cartas. Y no porque este lugar entierre las cenizas de muchos, que buscaban las estrellas con ardiente

curso dorado, os tiene el favor o la vana gloria de la alabanza vacía. Pues ellos se alegran con coronas sobre las estrellas por sus méritos. No es de otra manera que nos conviene correr en el estadio con nuestras plantas, y obtener el premio con nuestras propias manos. No es el lugar lo que hace venerable al hombre por mérito, sino el lugar es venerable por los hombres santos. Y os ruego que ahora me coloquéis dentro de las murallas de mi ciudad, pues el tiempo se acerca en que pagaré la deuda de la carne".

CAPÍTULO XXXVI. Cómo sanó a su ministro de un flujo intestinal.

Atónitos por tales palabras, lloran y suplican gimiendo, para que no esconda sus miembros heridos en secretos retiros: pero que alivie la llama de la vida y la muerte en su máxima cercanía con el consuelo fraterno. O al menos reciba bajo el techo sagrado al ministro, que con servicio diligente cuide de sus frágiles miembros. Movidó por esto, mientras dirige su mirada amable a todos, observa a un hermano, cuyos miembros marchitos languidecían por una larga enfermedad, con el vientre exhausto: "Si queréis", dice, "que entre en mi morada, y que me preste consuelo con amor bajo esta carga". Quien, acompañando al profeta, entra de inmediato en el sagrado umbral, y la inesperada salud abraza al enfermo, y el seno, con la enfermedad expulsada, digno de salud, no se atreve a ceder a las enfermedades que penetran bajo el techo elevado. Sin demora, se va sano quien había entrado enfermo, y allí Cuthbert introduce al presbítero, para que con él como testigo busque las estrellas, con quien había gobernado la vida como testigo.

CAPÍTULO XXXVII. Recibido el viático, entregó su espíritu entre palabras de oración.

Y ya todo dormía en la noche adormecida, mientras la vigilia de Farne oprimía las tinieblas con vigiliadas, y donde las oraciones resonaban con modulaciones, la isla retumbaba con salmos; y el profeta mismo, saboreando las alegrías de su palma, extendía sus sombras bajo alabanzas celestiales. Pero cuando el lucero ardiente, el orto flamígero, trajo, he aquí que el sagrado obispo, sentado ante el altar, degusta las copas de la vida, y con la sangre de Cristo asegura su camino inclinado, y levantando gozoso su rostro hacia las estrellas y las palmas celestiales, entrega su alma, atenta a las alabanzas celestiales, a las estrellas alegres.

CAPÍTULO XXXVIII. Cómo, según la profecía del salmo que cantaron cuando él moría, los de Lindisfarne fueron atacados, pero protegidos con la ayuda del Señor.

Presbítero saliendo, el piadoso funeral del profeta a los tristes compañeros anuncia, entonces por casualidad cantando un himno con esta lamentación bajo alabanza: Dios, nos alejas bondadoso, destruyes airado, y salvas compasivo del enemigo, mueves los campos, y las multitudes poderosas, y sanas a los aterrados, ofreces a los tuyos mosto antes de la tristeza; pero el enemigo, bajo tu guía, las guerras se precipitan, tú reprimes las armas nocivas, para que los elegidos puedan disfrutar de la luz por la eternidad. Con el índice de la llama entonces a los de Lindisfarne, aquella que el vigilante desde las atalayas había guardado durante la noche, se revela que el profeta ha penetrado en las auras celestiales. Quien ya en el orden nocturno de la alabanza, también por casualidad, con el mismo salmo en melodía, cantaban que los dones piadosos del Señor seguían a los golpes tristes. Ni las sospechas de los presagios tardan mucho, pues pronto se ordena que los miembros del profeta sean colocados en el sepulcro honorable, bajo el mármol a la derecha del altar; el Aquilón insistiendo, confiado en sus armas nevadas, de aquí y de allá sacude tanto con sus ráfagas las techumbres de Lindisfarne, que aquella noble progenie de los padres tambaleaba con el hilo cansado de las cosas. Y ya prefería ceder el lugar antes que enfrentar el extremo peligro; ni la ira

permanece mucho tiempo, sino que Eadberchtus renueva la paz con el torbellino calmado, y reúne a las ovejas dispersas en el sagrado redil: y el salmo resonaba en orden lírico, restaura el honor pontifical y el honor del pueblo.

CAPÍTULO XXXIX. Cómo el cuerpo de él fue encontrado sin corrupción después de once años.

Y el sagrado heredero, colocado en el trono del Padre, después de haber pasado el curso del undécimo año, complació que las cenizas fueran elevadas de la sede del sepulcro bendito y colocadas con arte ligera en el regazo. Pero canta el salmo, porque la muerte de los piadosos es preciosa ante Dios, quien retiene el cáliz para beber la salvación, temen los altos protegidos por el nombre del Rey. Y de nuevo, como resuena la lira mística con el canto supremo, no darás, Altísimo, a tu santo para ver corrupción, abres las cumbres doradas de la vida resplandeciente, los milagros divinos brillan en los cuerpos humanos y el poder del Señor resplandece con derecho, se otorga a los fieles servidores con el don de la participación. Los miembros inmaculados se sacan del sepulcro sagrado, ignorantes de la mancha de tan terrible corrupción. Ni duro ni rígido, ni pesado por la muerte cruel, sino como si el cuerpo tomara un sueño plácido, ya parece flexible en toda su estructura. Ni menor era la gracia de la vestidura excelente, incorrupta, que cubría solo los miembros santos. Se decidió dividirla por la mitad para recibir los piadosos miembros. Se conserva el medio como un índice memorable del signo.

CAPÍTULO XL. Cómo el cuerpo del obispo Eadberti fue colocado en el sepulcro del hombre de Dios, y su sarcófago fue puesto encima.

Eadberhtus, después de haber exaltado los milagros de las cosas con dignas alabanzas, como se recordaba en verso refiriendo las acciones egregias del obispo, es consumido por las fiebres, y emitiendo un aliento plácido hacia las estrellas, asciende a la sede patria. Pero encima se coloca el esplendor de la alta arca, conteniendo el honor inmortal, que resplandece con signos celestiales admirables del mártir piadoso. Huyen las manchas de las enfermedades, el furor impío del demonio oscuro; asiste y, como solía antes, mostrando el resplandor de los signos, ahora también se esparce por todas partes la virtud admirable a través de los miembros difuntos.

CAPÍTULO XLI. Un niño endemoniado es sanado al ser rociado con el agua en la que se había infundido el baño de su cuerpo.

Un hombre, cuyo hijo, miserablemente atormentado por la ira ciega del demonio, fue obligado a emitir voces salvajes y a consumir sus propios miembros con mordiscos, rogaba llevando los miembros a las sagradas tumbas de los piadosos, y no buscaba la salud pedida del santo, para que la excelsa virtud de Cuthberto brillara. Entonces, un niño, horrorizado por el llanto y el gemido, corre fiel al auxilio del amado Padre, conocía el agua que había lavado los miembros difuntos del santo Patrono, donde fue devuelta a la tierra. De allí toma una gran salud del pequeño campo, la mezcla con el agua, la había consagrado con palabras piadosas: da de beber al niño, el amargo estruendo cede pronto, y sin demora la plena salud regresa. Él mismo alaba reverentemente los dones celestiales, y con paso alegre por todas partes proclama el venerable don de Cuthberto.

CAPÍTULO XLII. Un enfermo es sanado orando en su tumba.

Otro, consumido por el fuego del horno morbígeno, apenas es conducido por las manos de los siervos a la alta tumba del santo mártir, poniendo la rodilla, suplica que la voz piadosa del gran Patrono lo libere de las cadenas. Se levanta y, fortalecido por el don del don celestial, pone los pies libres en pasos seguros, y a través de los días recupera ya los dones de la salud anterior.

CAPÍTULO XLIII. Un hombre con ojos enfermos es sanado al ser tocado por su pañuelo.

Incluso las vestiduras que compartieron el cuerpo piadoso rebosan de virtud médica con el don participativo. Pues a un hombre, cuyos ojos eran oprimidos por el dolor y la oscuridad errante, al recibir los pañuelos del santo profeta, toca con ellos sus dos ojos, y la gracia venerable de la vestidura pronto abre el camino de regreso a la salud.

CAPÍTULO XLIV. Un parálítico es sanado con sus calzados.

Pero otro, cuyos miembros yacían sueltos bajo el peso grave, abandonados por sus funciones, y a quien la medicina prolongada aumentó los dolores longevos, finalmente rodea con los calzados que habían vestido las plantas del santo mártir las plantas enfermas. Pronto el dulce sueño mitiga las primeras sombras. Pues el siervo había vestido los sagrados dones de la alta curación; lo hizo, y con los nervios fortalecidos por el vigor interno, palpita con paso alegre entre sueños alternos, como los peces juegan en la orilla del desierto. Despertando, levanta los miembros revividos con el bastón, y comienza a ofrecer las alabanzas matutinas de pie, y fortalecido con el vigor antiguo de los miembros, alaba la ayuda divina, y ofrece al Tonante sano las justas gracias por el don celestial.

CAPÍTULO XLV. Que los enfermos son curados con la cubierta de su pared.

Ni el sagrado techo se vacía del don celestial, donde el santo, ascendiendo a las estrellas, dejó el cuerpo exangüe. Ahora también comparte la acostumbrada curación por todas partes, y la alta progenie de David se maravilla del templo. Sus techos, porque se igualan al éter con gemas estrelladas, y brillan adornados con figuras doradas. Pero yo más me maravillo del humilde techo del profeta, la piel con la que el santo cubrió el ángulo frágil, para que la lluvia o el frío penetrante del Bóreas no entrara por todas partes, y no fatigara los corazones ardientes con oraciones castas; ni me engaña la sentencia. Pues la obra que Salomón hizo con oro dorado, la llama caldea de las piedras cubrió, ¡ay! con ruinas. Pero la sagrada mano de Cuthberto colgó las velas, los dones de Felgeld divididos por el amplio orbe esparcen más ampliamente los remedios del don innato; y el acero resplandece más precioso que el oro libio, y la piel resplandeciente supera a las gemas orientales. Este tercero ahora guarda los campamentos de los nobles, siguiendo al Padre bendito a los reinos altos.

CAPÍTULO XLVI. Cuánto Oedelwold, sucesor del hombre de Dios, se esforzó por ocultar sus virtudes.

Entre estos, no menos diligente que los piadosos compañeros, Oedilwalde, prudente, gobernaste las sagradas fortalezas, a quien rara vez dicen que quiso revelar a alguien sus propias virtudes, y las armas sangrientas del cruel dragón que victorioso rompió con sus armas. De donde permanece largo tiempo memorable aquella sentencia que una vez se deslizó imprudentemente de los labios benditos. Por casualidad, mientras el santo regaba el oído fiel con consejos celestiales, recibe estas voces del corazón del compañero: ¿Cuál, te ruego, es la causa de que tantas veces de tu boca fluyan las palabras, rompan y varíen el silencio frecuente, y en medio de los dichos el olvido ponga límites? A lo que el piadoso

héroe respondió con pocas palabras: Esto, dulce amor, te conviene recordar con corazón fijo y perenne, si alguien no se esfuerza diligentemente en apartar completamente los oídos de las ovejas de las palabras, no podrá dar palabras entre las huestes celestiales, ni abrir los oídos a los conciertos alegres del cielo. Dijo, y con el corazón golpeado por el temor tembloroso, se ve afectado por el sollozo, y ferviente golpea su pecho casto con los puños, y finalmente, gimiendo, estalla en esta voz después del triste silencio: Te suplico por el cetro del Sumo Tonante que ocultes estas palabras a todos, hasta que devuelva los miembros moribundos al suelo, y camine por el camino de los padres. Así, aunque el santo prefería ocultar sus dones en las cámaras, se revelan los dones por el testimonio celestial. Pero el piadoso Cuthbert, recordando a menudo las acciones de los anteriores, bajo la alabanza celestial de su propio combate, cómo Cristo fue su compañero, solía añadir en pocas palabras. Y así, el mismo espíritu ya iluminó a dos hombres con diverso don, y por el camino dividido del alto cielo los condujo al mismo reino.

CAPÍTULO XLVII. Cómo el anacoreta Felgeldus fue limpiado allí de la hinchazón del rostro.

Por tanto, Felgeldus, el dador del don piadoso, recibe primero los documentos del vigor saludable. A quien antes el rostro, tocado por una hinchazón informe, escuálido, mientras solo se ocultaba en la cueva, una llama más amplia surge del brote innato, y el livor salpica quemando las mejillas con manchas. Quien, mientras plantaba nuevas cumbres en la antigua sede, enseñó a compartir con esperanza cierta de salud el velo arrancado del muro cansado. Y mientras la correa se sumerge en las aguas piadosas, por donde se abre el camino al hierro cornudo, una gota traviesa salta del sagrado remolino y salpica los ojos del santo, y el rostro rubicundo. Él, rápido, cuidando de limpiar las aguas con la mano derecha, se asombra de que la peste haya desaparecido, y ya abre las puertas bajo la frente sana de la curación regresada. Y para que no piense alguien que digo un error, lo diré con Dios como testigo, porque el fiel presbítero revelaba estas cosas al profeta en el oído confiado. Mira, dice, sabes que la amarga mancha oprimió mi rostro, pero ahora la gracia de Cristo ha aplacado los tristes azotes por los méritos de Cuthbert. Extiende la mano, y tocándome, comprueba que digo la verdad. Pues el ojo cerrado no podía ser visto con agudeza, y había hecho la antigua salud al huir la enfermedad. El santo percibió que vendría en tiempos desde el cielo.

Oración del beato presbítero Beda.

Esto a ti, Cristo, dador de todos los bienes, te hemos ofrecido como don del don supremo, y libando grandes alegrías por modestas palabras, hemos alcanzado las altas luchas de tus santos: esperando que por sus intercesores, tú, justo, que coronas dignos en el eje estelar, indulgente, nos liberes de las deudas a los indignos. Suficientes son los últimos premios en las estancias de aquella casa, donde tu visión, Cristo, bendecirá a todos, permaneciendo la vida para los castos y la luz y la salvación por la eternidad.